La tormenta

UN MOMENTO DE FELICIDAD puede ser opacada por una situación inesperada en el lapso de pocos segundos. Tuvimos este inconveniente en julio del año 2008 en Guatemala, mientras se efectuaban los preparativos para la celebración de los cien años de presencio adventista.

Anticipábamos que sería un evento excepcional que resaltaría en la historia de la iglesia. El programo incluía la ordenación al santo ministerio de 16 pastores, entre los cuales estaba mi esposo. Esperábamos muy felices la llegado del sábado. Imaginábamos cómo sería ese momento tan deseado, el vestuario que llevaríamos y las miles de personas que asistirían.

Todo estaba listo. El lunes anterior al evento, mientras amamantaba o mi hijita Maree de dos meses, vimos que Jack, nuestro hijito de dos años, jugaba con un frasquito de medicamento en lo boca. Mi esposo se apresuró o quitárselo. El frasquito estaba vacío. Buscamos por toda la casa el líquido derramado, pero no encontramos nada. Llegamos a la triste conclusión de que el niño lo había ingerido. Lo llevamos Inmediatamente al hospital. Le hicieron un lavado de estómago y lo llevaron al sector de cuidados intensivos. El médico nos informó que nuestro hijito estaría fuera de peligro si se mantenía con vida durante los siguientes tres días.

La prueba de fe

Esos fueron los días más angustiosos que hemos vivido. Como madre, mi fe fue probada al imaginar lo pérdida de mi hijo. En ese momento de angustia le dije al Señor: "En el día que temo, yo en ti confío, como dijo tu siervo David en el Salmo 56:3". También me aferré a Dios sabiendo que Él conoce el fin desde el comienzo. Dije en mi corazón: "Dios mío, tú sabías que esto ocurriría, pues todo lo sabes. También sé que has hecho provisión para nuestro necesidad".

Nuestro hijo salió vivo del sector de cuidados intensivos, mientras otros niños no. El jueves lo enviaron a otro sector del hospital. Pero durante la noche le subió la temperatura en formo alarmante, pero el medicamento no le hizo efecto pues era el mismo que había ingerido. Me llené de angustia nuevamente pensando que tal vez algún órgano había sido afectado por la intoxicación.

Llegó el sábado y mientras mi esposo estaba en el acto de ungimiento de los pastores, nuestra amiga y hermano Sildita, quien voluntariamente se ofreció para cuidar al niño, nos llamó pero informarnos que el niño estaba bien, y que sólo padecía de dengue.

Hoy, año y medio después de esos angustiosos días, todavía derramo lágrimas de gratitud o nuestro Dios por conservar lo vida de nuestro hijo, y nuevamente le digo rebosante de agradecimiento: "En el día que temo, yo en ti confío, mi Dios".

Yakelin de Pastrana
Tesorera – Misión del Sur
Unión de Guatemala